

CONSTRUCCIÓN DE LA VISIÓN DEL MUNDO EN ADULTOS JÓVENES DESDE UN CONTEXTO ANTROPOHISTÓRICO Y CULTURAL CARACTERIZADO POR LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Construction of the world view in young adults from an anthropistorical and cultural context characterized by new social movements

Devorah Alejandra Díaz de Rodríguez
Universidad Católica Santa Rosa

Resumen

Tiene el propósito de comprender la concepción de mundo, desde un contexto cultural caracterizado por la emergencia de nuevos movimientos sociales, de adultos jóvenes, con experiencias relacionadas a los mismos. Se fundamenta en la psicología de la cognición social. Para el alcance de la saturación teórica se establece con adultos jóvenes con experiencias significativas, relacionadas a los movimientos; posteriormente se realizará la codificación de la información recolectada utilizando la categorización, estructuración, contrastación y teorización como instrumentos para la comprensión de los significados.

Palabras Clave: concepción de mundo, visión de mundo, nuevos movimientos sociales, adultos jóvenes.

Abstract

Its purpose is to understand the conception of the world, from a cultural context characterized by the emergence of new social movements, of young adults, with experiences related to them. It is based on the psychology of social cognition. To achieve theoretical saturation, it is established with young adults with significant experiences related to movements; Subsequently, the coding of the collected information will be carried out using categorization, structuring, contrasting and theorizing as instruments for understanding the meanings.

Keywords: world conception, world vision, new social movements, young adults.

Introducción

El ser humano toma conciencia de sí mismo e interactúa con el medio que le rodea y sus circunstancias, construyendo de esta manera su identidad personal y social, desde un contexto histórico, racional, lingüístico y cultural (Salas, 1996). Esta interacción otorga una percepción del mundo y de sí mismo, que se manifiesta a través de creencias, acciones y motivaciones con diferencias significativas según los sistemas de pensamiento y las experiencias particulares de vida (Dilthey, 1966).

El hombre, por lo tanto, se hace histórico, desde la interpretación de lo vivido y la interacción con la sociedad, en una búsqueda constante de aquello que pueda garantizar estabilidad dentro de un mundo incierto, que proporcione certeza y, en consecuencia, genere la ilusión de control (Greenberg, Pyszczynski, Solomon y Lyon, 1989). Ante esto, el hombre ha desarrollado formas de afrontar aquello que no se ajusta a lo estable, desde el cumplimiento de roles de género estrictos y, normas de conducta familiar y comunitario (Krauskopf, 2003); patrones que, tomando en cuenta las diferencias individuales, no siempre han generado bienestar, ante lo cual surgen los comportamientos colectivos,

en oposición a la cultura establecida, afectando los procesos de adhesión, comportamiento y construcción de la identidad.

Estos comportamientos al pasar a la acción de forma emergente se convierten en los nuevos movimientos sociales; los cuales, desde una mirada globalizada, redefinen al individuo en sí, a las experiencias humanas y a la visión del mundo (Ramírez, 2020). Estos movimientos se ven fortalecidos en la actualidad por la universalidad de los discursos, comprendiendo un nuevo paradigma cultural, que persigue el cambio de las normas y valores, manifestados como tendencias relevantes en las sociedades contemporáneas albergando en sí mismos concepciones del mundo, valores y marcos culturales definidos.

Sin embargo, la comprensión de la visión del mundo de los adultos jóvenes en especial de Latinoamérica, se ha visto caracterizada a partir de procesos sociohistóricos distorsionados por el adultocentrismo o el eurocentrismo que alejados de la realidad venezolana (Ramírez, 2020), hacen necesaria la comprensión de la visión de mundo del adulto joven desde su complejidad, tomando en cuenta la influencia global y la historia local matizada por el dominio de las tecnologías de información y comunicación.

La capacidad de pensamiento simbólico y abstracto diferencia a los seres humanos del resto de los seres vivos, ante esto Lega, Sorribes y Calvo (2017) citando a Ellis (1994) afirman que permite tomar conciencia de quiénes somos en relación al otro, lo cual permite delimitarnos y reconocernos como individuos con pensamientos, creencias y emociones; esta identificación de nosotros mismos también permite reconocer nuestro entorno, en el que se interactúa tanto con los demás como con las circunstancias, es decir, todo aquello que construye al individuo desde un contexto histórico, racional, lingüístico y cultural. Es así que cada experiencia está matizada por la interacción con el entorno y con el significado que cada quien le otorgue a esa experiencia creando una realidad particular.

Dilthey (1974), afirma que el sujeto como ser viviente creador de mundo es intérprete de sus propias vivencias, cuya subjetividad comprende la consciencia histórica de las razones humanas; Al respecto Wilk-Racieska (2007), señala que desde la hermenéutica que interpreta la dimensión de las acciones del hombre como ser pensante que ejerce su propia libertad, el hombre se hace histórico, convirtiéndose en un problema antropológico, de interpretación de lo vivido, desde las ciencias de la cultura y la sociedad, como la historia, derecho, política lingüística, literatura, arte y religión.

Así mismo plantea que estas visiones de mundo expresan diferencias significativas según los sistemas de pensamiento y las experiencias particulares de vida. Lo cual indica que, la pertenencia a una comunidad puede orientar en cuanto a lo que cree un individuo, pero no determina la visión de mundo particular.

Por otra parte, Greenberg, Pyszczynski, Solomon y Lyon (1989) señalan que poseemos un sentido de trascendencia humana que persigue la inmortalidad simbólica, empleando como vía para tal fin la identificación con ideales universales, que van más allá de los intereses particulares y que revisten a la acción personal de una mayor relevancia, es decir, sentirse parte de algo que trasciende, que no muere y que es perpetuo, le otorga sentido a la existencia y en consecuencia orienta la construcción de la realidad.

Esto explica que la visión del mundo se forma a partir de las experiencias, como un sistema de creencias en constante interacción con el entorno (Salas, 1996). Por lo tanto, la defensa de tales creencias resulta imprescindible, por lo que, cuando lo percibido es contrario a la visión del mundo es considerado amenazador, generando no solo rechazo sino temor, y lo similar, normal o común proporciona sensación de estabilidad, lo cual también podría dar la ilusión de un mundo estable.

Esta oscilación, impulsa a desarrollar diferentes formas de afrontar aquello que no se ajusta a lo estable. Krauskopf (2003), afirma que la búsqueda de esta estabilidad se reforzaba por el cumplimiento de roles de género estrictos, y lineamientos morales predeterminados que dan origen a los prejuicios y estigmas. Sin embargo, paradójicamente el establecimiento de creencias rígidas puede resultar reconfortante para unos, pero incongruente con el sistema de creencias de otros; a lo cual Obst (2004) señala que puede conllevar al desarrollo de un malestar psicológico hacia determinadas situaciones, surgiendo el deseo de cambio o la idealización de una realidad, que motiva los cambios cognitivos y conductuales para restaurar el bienestar (Festinger, 1957 citado en Morales, Gaviria, Moya y Cuadrado, 2007).

Ante ciertas circunstancias, como problemáticas críticas o de tensión, surgen los comportamientos colectivos, que son formas sociales emergentes y que no se derivan de las culturas establecidas, sino que en cambio pueden resultar opuestas a esta (Morales et al., 2007). Estos movimientos inciden en los procesos de adhesión, comportamiento y construcción de la identidad, englobando tales fenómenos desde la concepción del mundo. Ante esto, Santrock (2006), refiere que el hombre posee un fuerte impulso a ser reconocido y aceptado, y que este reconocimiento se edifica sobre valores e idearios que orientan sus acciones. Ante esto converge la necesidad de una visión de mundo compartida con el afianzamiento de ideales a partir del avivamiento motivacional de los movimientos sociales (Greenberg et al, 1989).

No obstante, Lipovetsky (1994) señala que en la posmodernidad observamos visiones orientadas al respeto a la humanidad en sí misma por encima de los preceptos religiosos, basado en un enfoque pragmático individualista que implica derechos subjetivos, que fortalecen la autonomía y proporcionan mayor apertura a la diversidad. En este sentido Morin (2011) explica que esto fortalece la división entre las diferentes concepciones del mundo, surgiendo la sociedad de los conocimientos separados, con divisiones más enfáticas entre personas con diferentes creencias, pero que paradójicamente reconoce la realidad del otro, la coexistencia de lo individual con lo colectivo y la convivencia entre la certidumbre y lo incierto de la vida.

Esto conduce a la situación actual, desde una mirada globalizada con nuevos tipos de relaciones sin fronteras entre el individuo y la sociedad, incidiendo sobre la mirada de sí mismo y de su entorno, redefiniendo así las experiencias humanas, al otro y la visión de su mundo, desde la manifestación de los movimientos sociales como los ecologistas, los movimientos de derechos humanos, o movimientos religiosos, dotados de discursos universales y estrategias de organización fortalecidas por las nuevas tecnologías de información (Morales et al., 2007).

Los nuevos movimientos sociales como una de las tendencias importantes de las sociedades contemporáneas albergan concepciones del mundo, valores y marcos culturales distintos a los movimientos sociales hegemónicos que prevalecían, cuyos objetivos se orientaban hacia la redistribución de los recursos, en contraste con los nuevos que se orientan hacia el cambio de las normas culturales, representados en su mayoría por poblaciones jóvenes (Talego y Hernández, 2017).

Sin embargo, la comprensión de la visión del mundo de los adultos jóvenes, en especial de Latinoamérica, se ha visto caracterizada a partir de procesos sociohistóricos marcados por el adultocentrismo, que refleja una visión de pasividad e inactividad en la juventud, debido a la comparación de las generaciones y de la subjetividad del investigador. Así mismo las visiones de mundo se ven marcadas por criterios eurocentristas, muchas veces alejados de la realidad latina y la clasificación de las generaciones de forma mediática que genera estigmatizaciones, como por ejemplo las denominaciones “millennials” o “generación de cristal” (Ramírez, 2020).

Por esto, la concepción de mundo al ser percibida desde la totalidad y no solo desde la individualidad, de la interacción entre lo colectivo y particular, lo simple y lo complejo y más aún lo

estable con lo caótico, hace necesario su comprensión desde un contexto cultural que implica la incidencia de los nuevos movimientos sociales, así como la historia que explica su necesidad, fortalecimiento y orientación a futuro, lo cual permite comprender e interpretar desde la experiencia del otro ¿cómo es la construcción de la concepción del mundo, desde un contexto histórico y cultural caracterizado por el fortalecimiento de los nuevos movimientos sociales?

Ante esto, reflexionamos que la vida ha de ser entendida a partir de sí misma. Cualquier reflexión sobre el espíritu humano parte de la vida en sociedad y de su desarrollo histórico. Solo es posible conocer al mundo en analogía al yo por la intuición de la interioridad humana, de modo que para develar sus misterios es preciso comprender la voluntad y los sentimientos implicados en las interrelaciones de las representaciones del mundo, desde una sociedad globalizada y cada vez más compleja (Ramírez, 2020); compuesta de varias generaciones que presentan características que los diferencian entre sí por la cultura local, pero que también convergen desde la influencia global (Beck, 2008). Siendo esta concepción experimentada desde el discurso narrativo, partiendo desde lo consciente y descubriendo lo inconsciente a través del lenguaje (Bacca y González, 2017), empleando el proceso de narración como estrategia de reflexión, en la construcción de los significados desde una realidad individual y colectiva. Es así que, la visión del mundo surge desde y por la persona en un constante develamiento de esa realidad conocida solo por sí mismo.

Visión del Mundo de Adultos Jóvenes

Como seres humanos somos conscientes de nosotros mismos y del mundo que nos rodea, lo cual contempla no solo el espacio físico sino todo aquello que le integra, (Salas, 1996), por lo que, para comprendernos resulta necesario estudiar también ese entorno; y tomando en cuenta la premisa de la cognición social (Morales et al. 2007), que explica que el comportamiento no es producto de ese entorno, sino que es el resultado de la interacción entre la información previa y la que se va adquiriendo constantemente, se entiende que, nuestro sistema de creencias influye en la construcción de la realidad y determina la forma en cómo vemos el mundo. Explican de esta manera Ortega y Gasset (1986), que nuestras creencias nos dan la perspectiva de la realidad, es decir, es a través de ellas que comprendemos el mundo, lo cual finalmente nos da una concepción del mismo.

La visión del mundo, supone entonces, un esquema mental compuesto por elementos emocionales y cognitivos que orientan la acción de todo individuo, esta definición propuesta por D'Andrade y Strauss (1992), indica que, a través de un proceso de intercambio de información constante entre nuestras experiencias, la historia de la humanidad y los cambios que ocurren, se va elaborando una cosmovisión social estable, que nos permite encajar y tomar un rol activo como parte de la sociedad.

Por esto, para comprender la concepción del mundo, y usando el recurso literario de la analogía, imaginemos por un momento que es un día soleado y decidimos subir a lo alto de una montaña y desde allí poder apreciar la vista. Lo primero que tendremos que hacer es preparar los implementos necesarios para la tarea, por lo que nos enfocamos en buscar agua, ropa y calzado adecuado, lentes de sol, y por supuesto, no podemos olvidar el teléfono celular en caso de necesitar comunicarnos.

Ya preparados con nuestros implementos, nos dirigimos a la base de la montaña, desde la que se visualiza un pequeño sendero, que nos conducirá hasta nuestro destino. Al inicio del recorrido notamos que tenemos buen ritmo y nuestra respiración se va coordinando con los pasos. Miramos hacia arriba y podemos ver que, grandes árboles nos dan sombra y hacen que el ambiente sea fresco y agradable, también podemos escuchar el suave murmullo que proviene de la copa de los árboles, producto del viento y las hojas.

A medida que vamos avanzando, el camino se hace más empinado y va poniendo a prueba nuestra resistencia física, por lo que nos veremos obligados a tomar pequeñas pausas para recuperar el

ritmo respiratorio. En este punto, podemos notar que nuestra experiencia subiendo montañas, nos ha servido para mantener un paso constante, pues en el pasado, al intentarlo, nos costaba alcanzar la meta y terminábamos abandonando el camino con cierta frustración; sin embargo, hoy vemos con satisfacción que la meta ya se visualiza.

Continuando con nuestra empresa, observamos que los árboles que antes nos protegían, se hacen cada vez más escasos, lo cual deja pasar con mayor fuerza los rayos del sol, y el camino pasa de un tono verdoso a uno más rocoso y empinado, haciendo cada vez más difícil el mantenimiento del ritmo. Nos cruza por la mente el deseo de regresar, pero es más fuerte el anhelo de alcanzar la cima, por lo que decidimos continuar.

Cuando ya visualizamos cerca la cima, notamos que nos queda poca energía, el sol calienta nuestro cuerpo con mucha más fuerza y la respiración está entrecortada, por lo que debemos hacer una parada antes de llegar. Nos damos la vuelta para descansar un poco y notamos todo lo que hemos recorrido, y con cierto aire triunfal recuperamos la motivación de continuar, así que, volvemos nuestra mirada a la cima y con un último impulso de energía logramos llegar.

Ya conquistada la cima, poco a poco, vamos recuperando el aliento y logramos apreciar un hermoso panorama, que por primera vez se muestra ante nuestros ojos; tan amplio que se pierde de vista el horizonte, pareciendo casi imposible admirar todo. Arriba en el cielo, las nubes se mueven por el viento, el mismo que sentimos ahora con mayor consciencia en el rostro y nos da una sensación de libertad; al mirar hacia abajo la ciudad se ve miniatura y por un momento pensamos en lo que estarán haciendo nuestros seres queridos en la lejanía, haciendo una conexión casi imperceptible entre la majestuosidad de la montaña y la cotidianidad de la ciudad.

Transcurridos unos momentos, y luego de recuperado el aliento, decidimos regresar con la satisfacción de haber logrado la meta, con una nueva historia que contar y definitivamente con una nueva perspectiva de nosotros y del mundo, en una dinámica continua entre experiencias previas y la nueva información que se está recibiendo. Sin olvidar nuestro relato, observamos que, para los jóvenes, la visión del mundo se integra por las dimensiones de familia, ciencia versus religión, la dinámica intrapersonal e interpersonal, los fenómenos socio antropológicos y los nuevos movimientos sociales.

La familia y el adulto joven

Encontramos entonces, que el inicio de nuestro recorrido es similar al inicio de la vida, lo cual nos ubica en el seno de la familia, por ser el primer sistema en el que se ve sumergida la persona y a partir de la cual, recibe información y se va conformando el esquema cognitivo, que Morales et. al (2007), describen como una estrategia en la cual el individuo se encuentra en un entorno familiar, orientado al descubrimiento, asumiendo las creencias de la familia como propias, para luego dar paso a la interpretación de la realidad a partir de lo conocido y experimentado.

En nuestro relato los padres, se asemejan a los grandes árboles que brindan cobijo y seguridad, nos protegen del sol, del viento y nos muestran bajo sus ramas, el sendero a seguir, porque según explica Barroso (2009), la familia es una necesidad para el ser humano y es dónde se dan las oportunidades primordiales de aprendizaje y cuya dinámica provee a la persona de arraigo, conciencia histórica, explica de dónde venimos y cuáles son nuestras raíces, nos define como personas y nos muestra la forma de vincularnos con los demás. Y siendo este sistema una necesidad, sería imposible contemplarnos como individuos sin la presencia de la misma.

Por esto, recordamos a Minuchin (2003), para quién la familia, es una unidad social que enfrenta una serie de tareas, que influye en cada individuo; y tal como nos enseñaron en el sistema escolar, es la base de la sociedad, el sistema más importante para el ser humano, a través del cual recibimos constante información, muchas veces en forma de mandatos, o patrones conductuales que

pueden ser explícitos o implícitos en el discurso familiar, y que Paris (2016), acota que son transmitidos de generación en generación, para ser asumidos como propios, dando inicio así a nuestra identidad.

Estos mandatos en nuestra cultura son guías de comportamiento, como afirma Barroso (2009), y algunos son mandatos de género, que implica la forma de vestir, comportarse, los gustos, las profesiones, en general establecen las formas de expresión del hombre y de la mujer. Así mismo, hay mandatos de autoridad, como, por ejemplo, familias en las cuáles, de forma implícita el poder lo ejerce la mujer, pero explícitamente recae sobre el hombre. También encontramos mandatos de comunicación, aspecto que resulta interesante, ya que en la cultura venezolana en muchas familias se ha asumido el silencio como forma de comunicación, pues hablamos de lo cotidiano, de lo superficial, pero evitamos conversar de lo doloroso, de lo que nos afecta y frecuentemente se reprimen o silencian las emociones con valencia negativa. Así mismo, uno de los mandatos más importantes son los relacionados a las creencias, específicamente las religiosas, que establecen muchas veces la moral y las buenas costumbres de la familia.

Si contrastamos nuestro relato con los mandatos, éstos determinarán la forma en que nos vestiremos para subir la montaña, los implementos que llevaremos, la hora y día para subir, e incluso si decidimos subir solos o en compañía. En fin, son la guía que asumimos en cualquier circunstancia de la vida. Estos mandatos establecen los constructos de bueno o malo, correcto o incorrecto, pero pueden ser percibidos como limitantes o rígidos, cuando no van a la par de los cambios sociales.

Cuando no son cumplidos en su totalidad, por algún integrante puede conllevar a un rechazo familiar, que implica expresiones de desaprobación en relación a formas de percibir y comprender el mundo; este rechazo es descrito por Rohner (1975) como la ausencia de amor hacia los hijos, que puede ser manifestada a través de manifestaciones hostiles, agresivas o de indiferencia. Este rechazo a diferencia de lo explicado por Rohner (1975), no solo abarca la desaprobación de padres, sino que también se observa en hermanos, tíos, primos, y cualquier pariente cercano a la persona.

Este rechazo surge desde el temor que tienen principalmente los padres, que los hijos no logren adaptarse a la sociedad, debido a que la familia cumple un papel fundamental según plantea Minuchin (2003), en la preservación de la cultura, por lo que mantener las formas de ser en el individuo a través de las generaciones, implica también la preservación del legado y en consecuencia su adaptación a la sociedad. Sin embargo, la rigidez en este sentido es considerado un elemento de estancamiento que no permite el cambio. Es decir, la familia cumple con el papel de preservar las costumbres de la sociedad, pero también se ve expuesta a la presión de sus integrantes que demandan un cambio.

Esta inflexibilidad en la educación familiar es visto por el individuo en crecimiento como un trauma generacional, es decir una forma errónea e hiriente de ejercer la autoridad a través de castigos, comparaciones o condicionando del afecto; en este sentido el lugar y amor que recibe una persona se da luego del cumplimiento de ciertos mandatos, de lo contrario se retira. Para Crastnopol (2011), estos traumas intergeneracionales, pueden permanecer en silencio por generaciones, pero en la actualidad los jóvenes se sienten ajenos a ese mundo que los cobija, producto de los estados afectivos negativos acumulados en el tiempo.

En base a nuestra analogía con el viaje a la montaña, el incumplimiento de los patrones conductuales, implica alejarse del resguardo seguro que brinda la base de la montaña, de aquello conocido y familiar, que impulsa al individuo hacia una meta desconocida y que también implica un esfuerzo físico que puede resultar agotador y doloroso, representado en los estados afectivos negativos.

Por otra parte, en la familia también ocurre la transmisión de los valores entre generaciones, permitiendo el desarrollo de la ética de cada individuo, esa ética tan personal que integra lo pasado, lo presente y lo anhelado, discriminando la identidad personal de la familiar, y que representa en nuestro

viaje lo que traemos en la mochila, lo que decidimos guardar porque puede ser necesario, como el teléfono celular, agua e incluso representa nuestras fortalezas físicas. Los valores entonces, nos acompañan en cualquier empresa que decidamos llevar a cabo.

En el anhelo de descubrir nuevos horizontes, ocurre el cuestionamiento de creencias y el surgimiento del deseo de cambio, porque para los jóvenes, quedarse significa estancarse en el pasado; por el contrario, descubrir significa evolucionar; por lo que se hace necesaria la expresión de los jóvenes dentro del hogar, incluso cuando eso signifique la oposición al cumplimiento de tales mandatos. Esto ocurre, con mayor frecuencia entre la adolescencia y el inicio de la etapa adulta, en cuya transición según Papalia (1985), el individuo manifiesta un conflicto constante entre ser independientes de los padres y el darse cuenta qué tan independientes en realidad son.

Esto en primera instancia genera resistencia y tensión en la comunicación, que puede magnificar la brecha entre las generaciones, pero que por otro lado puede implicar una oportunidad de cambio, es decir el encuentro entre dos puntos de vista. Esta dicotomía entre la aceptación y el rechazo es descrita por Rohner (1975), como un continuo constante en la dinámica familiar, en la cual no se da de forma absoluta una o la otra, lo cual origina sentimientos encontrados en ambas partes. Sin embargo, esta circunstancia propicia la expansión y flexibilización de aquellas tradiciones que no pueden ser sostenidas por los jóvenes en la actualidad, logrando entonces el bienestar de la familia.

Es aquí donde la persona decide subir la montaña, a pesar de no conocer el camino, pero bajo el cobijo que provee la naturaleza en sí misma. Concluyendo que, la familia es la matriz de la sociedad, que busca preservar la cultura, pero también sostiene la unión de sus miembros. Por lo que, ofrece resistencia al cambio, pero también muestra la oportunidad de flexibilizar ante las necesidades de las generaciones más jóvenes.

¿Ciencia o religión?

Se explica que la familia es la principal influencia en la adopción de la religión, que Jimenez (2005), explica como la existencia de un poder reinante sobrenatural, creador y controlador del universo, que ha dado al hombre una naturaleza espiritual que continúa existiendo después de la muerte del cuerpo. Respondiendo así a las interrogantes que se ha hecho el hombre a lo largo de la humanidad: ¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos al morir?, ¿cuál es el sentido de la vida?

Estas respuestas proporcionan alivio y consuelo, ante la idea de mortalidad (Yalom, 1984), por lo que resulta importante señalar que el ser humano, es el único ser vivo que es consciente de su propia muerte, lo cual le genera angustia ante el impulso biológico de la supervivencia según los aportes de Greenberg et al. (1994), y ante tal angustia la religión provee una sensación de seguridad y mundo estable, como también facilita la integración social (Siegel, Anderman y Schrimshaw, 2001). Es decir, que la religión no solo es transmitida por nuestros padres, sino que también brinda espacios sociales con creencias en común, necesarias en la integración del individuo con sus pares, por lo que vemos con frecuencia la participación activa de los individuos en grupos religiosos desde tempranas edades.

Las creencias religiosas ofrecen una descripción del mundo y de la sociedad deseada, mediante el cumplimiento de doctrinas y modelos conductuales, que establecen una idea precisa del hombre bueno y virtuoso, lo cual se cumple, tal como explica Yalom (1984) con el fin de alcanzar la inmortalidad. No obstante, también se contempla su contraparte, es decir la forma en la que no será alcanzada la felicidad eterna luego de la muerte, lo que es descrito a través de sanciones o castigos, debido al incumplimiento de las doctrinas religiosas, generando temor ante la posibilidad del sufrimiento eterno.

Esto podemos identificarlo en nuestro relato, al comparar las creencias con las rutinas del día a día, como asistir a la escuela, hacer las tareas, ir a la universidad, compartir en reuniones familiares; lo

que todo individuo regularmente hace; mientras que la idea de emprender un viaje a una montaña puede resultar una mala idea para algunos, porque implica riesgo, pérdida de tiempo y no puede hacerse todo el tiempo, sino que requiere planificación y disposición de un domingo, por ejemplo, para que no choque con las otras responsabilidades; y si en este punto añadimos que todos los domingos nuestra madre nos pide limpiar la cocina; salir de paseo, implicaría elegir entre una actividad y otra, desestabilizando así el orden establecido.

Esta dinámica ha generado una disonancia entre quienes no pueden cumplir con los dogmas, principalmente por aspectos de la identidad, como la orientación sexual o los roles de género; lo cual origina un cuestionamiento y la posterior negación de las creencias. Este escepticismo es descrito por Petra y Estrada (2013) como el aparente rechazo por parte del individuo a los pensamientos supersticiosos o los rituales mágicos en situaciones cotidianas, mientras que en situaciones de estrés se recurre a prácticas mágicas, como una manera de disminuir la angustia que éstas generan, aunque el individuo las considere ilógicas o irracionales.

Escepticismo que ocurre paralelamente con la globalización de la información, lo cual expone a la persona a múltiples fuentes de información que muestran la diversidad religiosa, entendiendo que el ser humano desde su necesidad de creer ha construido las religiones, pero que éstas poseen vacíos y pueden ser limitantes en la libre expresión del ser humano.

La ciencia en cambio ofrece respuestas parciales a las interrogantes, desde una base empírica y sistematizada (Kerlinger y Lee, 2014), sin las consecuencias del pecado o la condena eterna, por lo que se muestra como una alternativa para entender el mundo. Lo cual se basa en investigaciones científicas, no solo desde las ciencias humanas, sino también desde las tecnológicas, que brindan explicaciones que no contempla el juicio subjetivo del investigador, por lo que resulta una alternativa favorable para quienes no encuentran un lugar de aceptación en los dogmas religiosos (Cornejo et al., 2013). Y tomando en consideración lo planteado por Cornejo, Pichardo y Galán (2013), al señalar la importancia de encontrar un punto medio entre la religión, las demandas de la sociedad y la ciencia, se observa la necesidad de los jóvenes en encontrar el cambio que permita dicha reconciliación.

Nuestra aventura hacia la montaña, esta vez nos conduce hacia el momento en el cual paso a paso, reconocemos conscientemente que pisamos suelo desconocido; lo que podría implicar un daño físico, como la picadura de un insecto, una serpiente, o quizás perder el equilibrio y caer; por lo que, a riesgo de hacernos daño, vamos en busca de nuevos horizontes, que representen en cambio, el desarrollo de nuevas habilidades de senderismo que antes no teníamos. Por lo que, no se produce la negación de ninguna de las experiencias, sino la unión de ambas, solo así se alcanzará la meta.

Los otros y yo. Las dinámicas intra e inter personales.

En la dimensión intrapersonal, subyacen los procesos reflexivos de la persona, lo cual ocurre a la par del desarrollo ontogénico, entre la adolescencia y la adultez temprana, lo que permite los procesos de introspección y evaluación de las situaciones, estableciendo las condiciones apropiadas para realizar un ajuste de creencias, según el desarrollo evolutivo planteado por Santrock (2006).

Por lo tanto, desde un punto de vista emotivo y racional, se mantiene la premisa de que es posible alcanzar un estado funcional orientado a la felicidad y, según Epicteto, filósofo griego del siglo I d.c., esto se logra mediante el reconocimiento de aquello que se puede cambiar para así mejorarlo, y aquello que no pueda ser cambiado, sea aceptado mediante el desarrollo de herramientas o estrategias de afrontamiento; ante esto Salas (1996), explica que el individuo responde ante los hechos de acuerdo a su sistema de creencias, pero cuando los eventos son considerados inciertos o amenazantes tiende a buscar información adicional que permita el cambio o disminuya la percepción del mismo como amenazador.

Esta dinámica intrapersonal explica Alvarado y Garrido (2003), que ocurre por la presencia de estados afectivos negativos ocasionados por el desajuste entre los mandatos familiares y las acciones del individuo, como por ejemplo ser homosexual en un ambiente cuya expectativa es la heterosexualidad, o la decisión de no tener hijos en un sistema cuya expectativa es la formación de una familia tradicional.

Al respecto, resulta importante diferenciar entre las emociones y los estados afectivos, pues estos últimos, son de intensidad relativamente moderada y tienden a ser permanentes (Mayer, 1986; Rusell y Barrett, 1999), mientras que las emociones son de baja latencia y surgen a partir de estímulos ambientales claros. Así mismo, los estados afectivos se presentan en momentos inciertos o desconocidos y funcionan más sobre las cogniciones, por lo que pueden perdurar en el tiempo, mientras que las emociones influyen en cursos de acción específicos y duran tan solo unos segundos o minutos (Mayer, 1986; Davidson, 1994). Por lo descrito anteriormente, se sostiene la intervención de los estados de ánimo como subcategoría en la dimensión intrapersonal

La presencia de estos estados afectivos, propicia la búsqueda de un nuevo paradigma, es decir una visión de mundo distinta a la proveniente de la familia; al respecto Riso (2009), explica que los afectos no pueden desligarse de las cogniciones, si se espera comprender el proceso completo de interpretación de la información. Por lo que el malestar impulsa al individuo a buscar un ajuste emocional, lo que coincide con Santrock (2006), cuando refiere que toda persona desarrolla un fuerte impulso a ser reconocido y aceptado, y que este reconocimiento se edifica sobre valores e idearios que orientan sus acciones.

Por lo que, al no ser satisfechas dichas necesidades de aceptación, por los sistemas en los cuales se encuentra sumergido el individuo, Tajfel (1984), afirma que aparece la necesidad de una visión de mundo compartida, lo que se vincula en este punto con el avivamiento motivacional de los movimientos sociales. Este proceso de cambio de paradigma, no solo ocurre cuando no se cumplen las expectativas, sino también cuando la persona no encuentra el espacio para la expresión de ideas contrarias a las de la familia, la iglesia o la escuela. Al respecto, Santrock (2009), explica que en el paso de la adolescencia a la adultez ocurre una transformación en el pensamiento, que pasa de ser polarizado en la adolescencia, es decir, en términos de malo, bueno, correcto e incorrecto; a uno reflexivo y relativista que acepta la multiplicidad de pensamiento y enfoque en los demás.

Al encontrarnos en nuestro viaje imaginario, podemos ver que el deseo de subir la montaña obedece a una necesidad previa, quizás de conocer nuevos lugares, practicar algún deporte, hacer ejercicio, admirar la naturaleza o simplemente compartir con amigos, por lo que la motivación es particular y personal, pero puede tener un punto en común con otros individuos.

Ya iniciado el recorrido, reconocemos cada latido, cada respiración y nos vamos haciendo conscientes del peso que cargamos, de los pensamientos que surgen y de lo que nos motiva a continuar. Es esa conexión entre el cuerpo y la mente, que nos hace reconocer lo mucho que disfrutamos el senderismo; no porque nos dijeron, o porque nos llevaron, simplemente porque nos reconocemos con aspiraciones y metas, nos reconocemos como personas.

Por otro lado, hay que considerar que el viaje puede ser solo o acompañado, siendo ésta última forma, más amena y segura, porque ¿qué pasaría si nos perdiéramos en la montaña, o si de pronto caemos y nos lesionamos?, tener a alguien cerca que comparte la misma meta puede hacer el camino más fácil, y al llegar arriba, nos damos cuenta que si bien el viaje se hace bajo nuestros propios recursos, no estamos solos y de alguna manera nos sentimos conectados con nuestro compañero de viaje, la gente de la ciudad, los compañeros de trabajo, los de estudio, los vecinos y con todos aquellos con quienes se comparten gustos e intereses.

Este aspecto interpersonal, contempla las relaciones que tiene un individuo con su entorno relacional, como amigos, familiares, profesores, etc. y de cómo éste percibe tal relación, que puede ser de aceptación o de rechazo. Esta dimensión se encuentra estrechamente relacionada con la dinámica intrapersonal, pues las dinámicas con el otro se ven reflejadas en la construcción del autoconcepto de la persona. Al respecto Morales et al. (2007), señalan que la afiliación, o la asociación con otras personas es indispensable en la supervivencia, lo que podemos observar cuando tenemos miedo e instintivamente buscamos acercarnos a otros en busca de seguridad, o en el caso de los niños, que requieren de ese apoyo familiar para vivir.

El hombre es un ser gregario y en consecuencia necesita ser escuchado, cuestión que se va desarrollando en la adolescencia y se refuerza en la adultez, por lo que, la transmisión de opiniones, ideas y sentimientos a otros forma parte del proceso de desarrollo de todo individuo. En este sentido, cuando estas opiniones coinciden con las de otros, la persona se siente identificada y cuando sucede lo contrario la persona puede sentirse sin lugar, lo cual la impulsa a encontrar grupos con los cuales pueda recuperar su identidad social.

Este apoyo encontrado en otros, implica el sentirse escuchado en circunstancias de estrés o malestar, a lo que Wills (1991), afirma que sirve de estímulo reforzante de la autoestima. También estas relaciones con otros pueden funcionar como recurso de auto validación, de comparación social, de ayuda material y de suministro de información.

Para el adulto, joven las diferencias se observan con mayor frecuencia en relación a adultos mayores, lo que determina una brecha generacional, en la cual los últimos persiguen la preservación de las costumbres y las tradiciones, especialmente aquellas relacionadas a la religión, mientras que los jóvenes perciben la diversidad humana como aspecto central de la sociedad. Por lo que, no se rigen por estereotipos, mostrando un especial interés en la disminución de los prejuicios en la sociedad. Al respecto, Minuchin (2003), afirma que la brecha generacional ocurre por necesidades no satisfechas en la familia.

Esto nos ubica entonces en un proceso de transformación biopsicosocial, en el que interviene tanto la familia, como los procesos internos de la persona y la búsqueda de apoyo y aceptación social en el entorno, por lo que se observa una triple relación entre el individuo, los otros y su entorno, dinámica que se manifiesta a lo largo de la historia y se hará trascendental desde lo vivido en la actualidad, lo cual nos lleva a comprender los fenómenos propios del aspecto social del ser humano

La historia, la sociedad y el hombre

De acuerdo a lo señalado anteriormente, la historia de cada individuo le proporciona los recursos para comprender el mundo que le rodea; son las experiencias, las que construyen los cristales a través de los cuales percibimos la vida. Y el individuo al ser un ente social, no puede ser comprendido sin antes entender sus dinámicas sociales (Mead, 1934). Esta dinámica de acuerdo a Janoff- Bullman (1992), es tan poderosa que el individuo puede defenderla aun cuando tenga evidencias en contra.

Por lo tanto, la dimensión socio antropológicas, comprende elementos fundamentales en la percepción que se tiene del mundo y su relación con él. Algunos comprenden procesos individuales como las cogniciones y la expresión de las emociones y otros comprenden procesos que reflejan dimensiones más permanentes y globales en la sociedad como los prejuicios o los estereotipos (Morales, et al., 2006).

Estos últimos son esquemas cognitivos, compartidos por un grupo, que sirven para definir las características de las personas que Lipmann (1922) explica como la tendencia de las personas atribuir características similares a personas que están en una misma categoría, lo que resulta en un ahorro de

energía mental. Un ejemplo de esto sería, si pensamos que una persona religiosa es a la vez, estudiosa, colaboradora en el hogar y no consume alcohol, la mente asumirá que todas las personas religiosas comparten esas características.

Tajfel (1984), en su teoría de la identidad social, afirma que estos tienen la función de magnificar las diferencias entre los grupos, y mostrar la similitud entre los miembros de un mismo grupo, es decir, establecen de una forma más cómoda y sencilla de reconocer a quién me parezco y a quién no, orientando así la conducta; sin embargo, esto puede resultar limitante al momento de emitir juicios de valor, pues otorga propiedades particulares a personas que pueden resultar desfavorecedoras.

Cuando un individuo no cumple con las características contenidas en los estereotipos, puede ser objeto de prejuicios, siendo éstos los juicios negativos que emite una persona hacia otra sin necesariamente conocerle, atribuyéndole rasgos desfavorecedores, en base a las características superficiales que manifiesta, lo cual puede conducir al rechazo social o discriminación, esta relación entre estos tres fenómenos ha sido explicada por Allport (1985), desde la actitud hostil, que se manifiesta en el estereotipo como componente cognitivo, en el prejuicio desde el componente afectivo y en la discriminación representando el componente conductual.

Esta discriminación o rechazo social, impulsa el deseo de cambio en los adultos jóvenes, con el objetivo de alcanzar una sociedad en la cual todos sean aceptados y respetados desde la diversidad que caracteriza a la humanidad, porque lo que en el pasado pudo considerarse incorrecto ya no lo es, así mismo lo que hoy puede resultar incorrecto en el futuro puede dejar de serlo.

No obstante, el cambio en las creencias de los sujetos no resulta fácil o rápido, al contrario, se observa resistencia al cambio, dando paso a prejuicios más sutiles. Esto ocurre por la ambivalencia en los valores, pues por un lado se sostienen los estereotipos y por el otro se aceptan los valores de libertad y libre expresión (Brown, 1998). Esto explica por qué los jóvenes perciben que generaciones anteriores manifiestan no tener prejuicios, pero mantienen actitudes hostiles, lo cual resulta confuso. Decir que se respeta a una persona homosexual, mientras haga sus cosas lejos, es un ejemplo de esta resistencia enlazada al prejuicio, la discriminación y los estereotipos.

Otro aspecto que incide, de forma determinante, en los fenómenos sociales es la cultura, producto de la evolución histórica de cada sociedad, y que influye en la forma en la que se percibe el mundo y cómo se acostumbra a hacer las cosas; la cultura para Segall (1984), son los valores, creencias y actitudes, que constituye el modo de vida de una sociedad. Para Venezuela, sociedad en la que se establece la presente investigación, resulta significativa la cultura, debido a sus características particulares; relacionadas principalmente con las creencias religiosas y la interacción social, debido a que existe una relación entre lo que comúnmente acepta el colectivo como correcto y el establecimiento de las leyes que regulan la conducta.

Para Barroso (2011), el venezolano acostumbra a negar lo que sucede, justifica lo injustificable o evita involucrarse, delegando la responsabilidad a los santos, es decir a las creencias religiosas, lo que implica una atribución de responsabilidades a factores externos. Elementos que convierten al venezolano en un ciudadano carente de responsabilidades sociales que en ocasiones es ajeno a su propio desarrollo.

Teniendo entonces, una sociedad en la cual el debate de temas como, la legalización del aborto, la eutanasia o el matrimonio igualitario resulta complejo de abordar, por las implicaciones morales que tiene en la sociedad, lo cual se complementa con la idea de Barroso (2011), que describe al venezolano como carente de sensibilidad hacia sí mismo y hacia el otro, lo que explicaría la dificultad de reconocer las problemáticas sociales, que afectan a las nuevas generaciones que aún no se han resignado y luchan por un cambio.

Así mismo, la situación económica del país desplaza los temas concernientes a los nuevos movimientos sociales por considerarlos importantes, más no urgentes; por lo que, el interés se centra en la mente del colectivo en resolver la problemática de naturaleza económica en lugar de aquellas de corte social.

Esta dimensión refleja su importancia en la trascendencia del ser humano, pues el sostenimiento de estereotipos o prejuicios o, por el contrario, la aceptación de la incertidumbre y la diversidad humana y la correspondiente influencia en las leyes que rigen el comportamiento humano, determinarán el futuro de la sociedad, que desde los nuevos movimientos sociales busca el equilibrio y punto de encuentro entre las generaciones.

Al respecto, Minuchin (2003), explica que el cambio se da desde la familia hacia la sociedad y que cuánta más flexibilidad y adaptabilidad requiera la sociedad de los individuos, la familia será más significativa en el desarrollo social, así mismo Barroso (2011), plantea que el cambio comienza en la familia y termina en la comunidad, en el país. Por lo que, la trascendencia se da en la dimensión socio antropológica, pero responde a una necesidad familiar.

Alcanzar la cima de la montaña implica para el senderista, replantearse el significado de la vida, admirar el paisaje y encontrar en el dolor físico producto del cansancio, la satisfacción que va más allá del logro de una meta. Al mirar hacia el camino recorrido caemos en cuenta que, si bien avanzamos, no podemos desprendernos del pasado y debemos en algún momento volver sobre nuestros pasos, para finalmente reencontrarnos con el inicio del recorrido y volver a la cotidianidad hasta una nueva oportunidad. Así mismo, resulta para el joven que experimenta malestar en su entorno cercano, deseando cambiarlo o escapar de él; pero que inevitablemente regresa describiendo una dinámica eterna entre el individuo, la familia y la sociedad.

Los nuevos movimientos sociales como vía de comunicación

Los movimientos sociales según Touraine (2005), surgen en circunstancias críticas como fenómenos psicosociales, sin embargo, su relevancia en la visión de mundo de adultos jóvenes le otorga una posición significativa, que la excluye de la dimensión socio antropológica. En este sentido los movimientos, son grupos con los cuales se sienten identificados los individuos, y que supone un espacio seguro en el cual pueden compartir sus creencias e intereses, Minuchin (2003), explica que el sentido de identidad de cada persona es influenciado por el sentido de pertenencia a diferentes grupos.

Los objetivos de estos movimientos se centran en la instauración de leyes que garanticen los derechos, de aquellos grupos considerados minoritarios que usualmente perciben rechazo de la sociedad, entre los cuales destacan la comunidad lgbtq, el movimiento feminista, los movimientos ecofriendly (protección del medio ambiente) y de defensa por los derechos de los animales, esta dinámica se encuadra dentro de los movimientos de carácter reformador, que buscan cambios en el orden social Aberle (1966; citado en Morales et al., 2007).

Estos ejercen una función significativa, como lo es, la transmisión de la problemática existente, que de acuerdo a lo señalado por Turner y Killian (1987), proviene de un sentido de injusticia, con el propósito de alcanzar un cambio si se realizan acciones colectivas y notorias. Por lo que, en la actualidad vemos reflejado en los medios de comunicación, cine y entretenimiento, mensajes orientados hacia la deconstrucción de ciertos estereotipos como los roles de género y la familia tradicional.

Sin embargo, la vocería de los movimientos se caracteriza según Klandermans (1997), por acciones violentas o de resistencia, por lo que en la actualidad observamos a través de las redes sociales, mediante protestas o simplemente la participación de figuras públicas, mensajes

desfavorecedores y agresivos que lejos de lograr un cambio, ocasionan mayor resistencia y/o mayor rechazo en las sociedades; haciendo necesaria la evaluación de la transmisión de los mensajes.

Los NMS, abarcan realidades muy diversas y persiguen una nueva concepción del mundo, (Talego y Hernández, 2017), siendo el propósito principal el cambio en las creencias familiares; porque según afirma Minuchin (2003), la familia cambiará en la medida en que cambie la sociedad, adaptándose a las nuevas corrientes de pensamiento y a las nuevas realidades sociales y económicas. Esto quiere decir, que los movimientos sociales si bien son expresiones de gran impacto social, responden a necesidades individuales. Siendo entonces, la forma de expresar aquello que no se puede decir directamente, bien sea por temor, respeto o por cultura.

La visión de mundo

A partir de lo anterior descrito, se reconoce que en la actualidad existe una problemática y esta tiene su origen en el seno familiar, producto de la inflexibilidad en cuanto a las creencias establecidas, las cuales no dan cabida a los cambios sociales o creencias diferentes. Por lo que, el adulto joven se debate entre abrirse camino en el mundo, a la luz de nuevas formas de pensar que establecen la diversidad humana como eje central, o apegarse a los preceptos tradicionales provenientes de la familia regida por estereotipos; que si bien explican cómo debe ser una persona, resulta excluyente para muchos, lo que ocasiona una crisis personal.

Por lo que, recurre a los nuevos movimientos sociales como recurso de comunicación, para que éstos influyan directamente en la sociedad y todo lo que implica a nivel legal y práctico; evitando de cierta manera ejercer resistencia, de forma directa al sistema familiar del cual forma parte. Los nuevos movimientos sociales, resultan el canal que emplea el individuo para cambiar la sociedad y en consecuencia cambiar la familia, meta final para lograr la aceptación que como ser humano necesita.

Se podría considerar entonces, que, si la familia asumiera patrones mucho más flexibles, sin la necesidad de ajustarse a juicios subjetivos de lo que está bien o mal, el individuo no tendría la necesidad de recurrir a los movimientos sociales, pues no sería necesario el cambio de forma indirecta.

Y tomando esto en consideración, podríamos llegar a la conclusión que, hoy día el adulto joven percibe el mundo, como un lugar cargado de injusticias, dominado por generaciones que traen consigo las tradiciones y valores que nos conforman, pero que, por otra parte, pareciera no tomar en cuenta las necesidades de los más jóvenes, por lo que estos últimos anhelan un cambio. El mundo entonces, está en constante movimiento y responde a las demandas de cambio de sociedad, con el fin último de trascender hacia la felicidad.

Retomando el final de nuestro recorrido, llegar a la cima de la montaña, significa una experiencia significativa para la persona. Quién sube y conquista la cima, regresa convertido en una persona diferente, con nuevas habilidades, nuevas perspectivas y lo más importante aún, su regreso implica una interacción con su entorno familiar, con sus allegados, a quienes les contará su experiencia e incluso los animará a subir la próxima vez.

Esto nos muestra que separarse de lo seguro, hoy día no resulta perjudicial, sino necesario para trascender como humanidad.

Referencias Consultadas

- Allport, G. (1985). *La Personalidad: su configuración y desarrollo*. Barcelona: Herder.
- Bacca, J. & González, S (2017). *Construcción narrativa de la identidad y la emergencia de la Resiliencia desde los significados de vida y muerte*. Universidad Santo Tomás, División de Ciencias y Salud. Facultad de Psicología. Bogotá, Colombia. <http://hdl.handle.net/11634/4052>

- Barroso, M. (2009). *Ser familia*. Caracas: Editorial Galac.
- Barroso, M. (2011). *Autoestima del venezolano: Democracia o marginalidad*. Caracas: Editorial Galac.
- Beck, U. (2008). *La Sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Paidós Ibérica.
- Crastnopol, M. (2011). *Oculto a plena vista: el microtrauma en la dinámica relacional intergeneracional*. *Clínica e investigación relacional*. N° 5(2), pp 237-260. Recuperado en fecha 06 de marzo de 2023. https://www.psicoterapiarelacional.es/Portals/0/eJournalCeIR/V5N2_2011/2_M-Crastnopol_Oculto-a-simple-vista_Micro-traumas_CeIR_V5N2.pdf
- D'Andrade, R & Strauss, C. (1992). *Human motives and cultural models*. pp 23-44. Nueva York: Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781139166515>
- Dilthey, W. (1974). *Teoría de las concepciones del mundo*. Ediciones de la Revista de Occidente. España
- Dilthey, W. (1966). *Introducción a las ciencias del espíritu*. traducción de J. Marias, Madrid.
- Greenberg, J.; Pyszczynski, T.; Solomon S. & Lyon, D. (1989). *Evidence for terror management theory: I. The effects of mortality salience on reactions to those who violates or uphold cultural values*. *Revista Journal of personality and social psychology*. N° 13, pag 189-212. N° 4, pag 681-690. https://www.researchgate.net/profile/Tom-Pyszczynski/publication/20361683_Evidence_For_Terror_Management_Theory_I_The_Effects_of_Mortality_Salience_on_Reactions_to_Those_Who_Violate_or_Uphold_Cultural_Values/links/004635212a1a65ff17000000/Evidence-For-Terror-Management-Theory-I-The-Effects-of-Mortality-Salience-on-Reactions-to-Those-Who-Violate-or-Uphold-Cultural-Values.pdf
- Greenberg, J., Pyszczynski, T., Solomon, S., Simon, L y Breus M. (1994). *Role of consciousness and accessibility of death related thoughts in mortality salience effects*. *Revista Journal of personality and social psychology*. N° 67, pag. 627-637. Doi: 10.1037//0022-3514.67.4.627
- Jimenez, J. (2005). *La espiritualidad, dimensión olvidada de la medicina*. *Revista Gaceta Universitaria*. N° 1 pp 92-101
- Kerlinger y Lee (2002). *Investigación del comportamiento*. Madrid: Mc Graw Hill
- Klandermans, B. (1997). *The social psychology of protest*. Cambridge: Blackwell
- Krauskopf, D. (2003). *Proyectos, Incertidumbre y futuro en el período juvenil*. *Arch. Argent. Pediatr.*N°.101(6).http://uiap.dgenp.unam.mx/apoyo_pedagogico/proforni/antologias/Proyectos%20e%20incertidumbre%20y%20futuro%20juvenil.pdf
- Lega, L; Sorribes, F; Calvo, M. (2017). *Terapia Racional Emotiva conductual. Una versión Teórico práctico actualizada*. Barcelona: Paidós. Espasa Libros.
- Lippman, W. (1922). *Public opinion*. Nueva York: Hartcourt & Brace
- Lipovetsky, G. (1994). *El Crepúsculo del deber, la ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. España: Anagrama.
- Mayer, J. (1986). *Cómo el afecto influye en la cognición*. *Advances in cognitive sciences*. Nueva York
- Mead, H. (1934). *Mind, Self and society: from the standpoint of a social behaviorist*. University of Chicago Press.
- Minuchin, S. (2003). *Familias y terapia familiar*. Barcelona: Gedisa editorial

- Morales, F., Gaviria, E., Moya, M. y Cuadrado, I. (2007). *Psicología Social*. España: Mc Graw Hill/ Interamericana
- Morin, E. (2011). *La Vía para el futuro de la humanidad*. España: Paidós Espasa Libros S.L.U. M
- Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Traducción de Mercedes Vallejo. Organización de las Naciones unidas para la educación, la Ciencia y la Cultura.
- Papalia, D. (1985). *Psicología del desarrollo*. 3era edición. Colombia: Mc Graw Hill
- Petra, I. y Estrada, A. (2013). *El pensamiento mágico: diseño y validación de un instrumento. Investigación en educación médica*. N° 3 (9), pp. 28-33
<https://www.redalyc.org/pdf/3497/349733231005.pdf>
- Ramírez, F. (2020). *Juventud y movimientos sociales: Reflexiones sobre la generación glocal latinoamericana*. Revista Argentina de estudios de juventud. N° 14, e30.
<https://doi.org/10.24215/18524907e030>
- Riso, W. (2009). *Terapia cognitiva*. Barcelona: Paidós
- Rohner, R. P. (1975). *They love me, they love me not: a world wide study of the effects of parental acceptance-rejection*, New heaven, CT: Prensa HRAF
- Salas, J. (1996). *Inteligencia Social*. Planeta.
- Santrock, J. (2006). *Psicología del Desarrollo*. El Ciclo Vital. España: Mc Graw Hill.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Barcelona.
- Talego, F. y Hernández, J. (2017). *Los nuevos movimientos sociales reencantan el mundo*. Revista Quaderns-e, N° 22 (1), pp 35-49. Universidad de Sevilla.
https://www.researchgate.net/publication/317066810_Los_nuevos_movimientos_sociales_reencantan_el_mundo
- Turner, R. y Killian, L. (1987). *Collective behavior*. Editorial Prentice Hall.
- Wilk- Racieska, J. (2007). *Nuestro mundo, Nuestras visiones del mundo y las lenguas que lo describen todo*. Universidad de Silesia. Revista Anuario de estudios filosóficos, N° 30, pp. 439-453. Polonia. <https://core.ac.uk/download/pdf/72043604.pdf>
- Wills, T. (1991). *Social support and interpersonal relationships*. Review of personality and social psychology. Prosocial behavior. N°12, pp. 265-289
- Yalom, I. *Psicoterapia existencial*. Barcelona: Herder